

Miramar de David Miklos y El beso esquimal de Manuel Pereira



Nora de la Cruz

Malecón de La Habana. (Fotografía: Quim Llenas/Cover/Getty Images)

RECIENTEMENTE, LA PRESENCIA Y LA VARIEDAD de editoriales independientes ha aumentado de forma significativa. Con su propia feria del libro y catálogos consistentes que les otorgan identidad, han conseguido acercar sus propuestas a lectores afines a ellas (en este sentido, los libros buscan a su lector hasta hallarlo). Textofilia es una de las que ofrecen una propuesta más variada: han publicado narrativa, ensayo, poesía e incluso han incursionado en la literatura infantil. En su catálogo figuran autores conocidos y libros premiados; se trata, pues, de una editorial que no corre demasiados riesgos. Últimamente publicó, en narrativa, dos libros cuya naturaleza disímbola llama la atención al formar parte de la misma colección: Lumía.

Miramar, de David Miklos

David Miklos es uno de los autores más prolíficos de las letras mexicanas actuales: en una década ha publicado siete libros, ha coordinado algunas antologías y ha colaborado en diversas publicaciones periódicas. Es una voz reconocible por su gran sutileza y contención, además de su interés en temas y estéticas como lo erótico, el doble, la identidad y la alteridad, el poder, el origen y los lazos familiares, entre otros. Su más reciente publicación, *Miramar*, es sin duda la más compleja y arriesgada de toda su producción hasta el momento, y en cierta forma la convoca casi enteramente.

Miramar es, según el comentario de Gonzalo Soltero que aparece en la cuarta de forros, “una novela híbrida que reflexiona sobre el paso del tiempo, la construcción de la memoria y los frutos de la imaginación”. El hilo conductor de los cinco

segmentos del libro —“La piel viva”, “Miramar I, II y III”, y “La piel muerta”— es la naturaleza de la escritura como proceso creativo pero también como componente de la identidad de un autor. En cada una de las secciones hay un personaje que escribe, un manuscrito hallado y revisitado y un Otro que también escribe y acecha, en ocasiones desde el papel. Así, *Miramar* es una historia que se replica en varios niveles narrativos, con recursos como la metalepsis y la metaficción, así como algunos motivos que funcionan como imanes semánticos para vincular las secciones entre sí. Un ejemplo de ello es el propio topónimo Miramar, que aparece en todos los relatos pero alude siempre a un sitio diferente. Por otra parte, los motivos no se re-escriben sino que se trasladan de una manera que recuerda un poco al mecanismo de *Melinda and Melinda*, de Woody Allen. Esta operación no se limita a elementos dentro de este relato, sino que abarca otros textos de Miklos. Una muestra de ello es la alusión a otras de sus obras, quizá la más clara sea la réplica de una escena de *Dorada* (Tusquets, 2014), en un contexto distinto, aunque con un ambiente onírico similar.

Si bien cada segmento inaugura y clausura una historia, no puede decirse que exista una linealidad narrativa. Lo que unifica todas las partes de la novela es, más bien, su subtexto: la exploración de la escritura como forma de ser otro e incluso cierta idea de lo literario que se hace patente de maneras explícitas (uno de los personajes afirma, por ejemplo, que su aspiración es “la obra total”) o veladas. La organización del relato en tantos niveles superpuestos (v. g., un escritor revisa su manuscrito, en el cual alguien sueña, y en ese sueño algo sucede...) exige un grado altísimo de cooperación textual. La novela no se vehicula fluidamente y lleva tiempo asimilar su código. Sin embargo, al final genera la impresión de que todos estos recursos no terminan de vincularse entre sí, o bien, que el sentido que los une no es lo suficientemente contundente como para justificarlos. En suma, nos esforzamos mucho para leer esta historia, pero su densidad estructural no corresponde con la temática, y nos produce la impresión de que no valió la pena. Es cierto que algunos segmentos y recursos muestran la capacidad y el oficio de Miklos, pero al

encontrarse desvinculados entre sí dan la apariencia de tratarse de ejercicios de escritura reunidos sin un propósito evidente. Se trata, en suma, de una de las novelas más extensas y complejas de Miklos, pero también de las menos logradas, que contrasta en densidad y exceso con el resto de su obra.

***El beso esquimal*, de Manuel Pereira**


Si la novela de Miklos es una historia, diríamos, “sobreliteraturizada”, la de Manuel Pereira podría representar el extremo contrario. Con pocos recursos narrativos propios, se atiene a lo formulario en muchos niveles: en primer lugar recurre a lo melodramático en la presentación de su anécdota y la caracterización de sus personajes; en segundo, se adscribe a la extensa tradición de autores cubanos que escriben sobre las difíciles condiciones de vida en la isla; finalmente, para elaborar su relato se basa en los personajes cliché que se encuentran en casi todas las novelas o películas del tema (la jinetera, el taxista pícaro, la burócrata fea, el babalao de provincia y el intelectual con ínfulas —el propio narrador—), además de hacer uso de los chistes, las anécdotas y las frases que se le pueden escuchar a cualquier cubano de a pie en un viaje de turismo por La Habana desde hace más de veinte años.

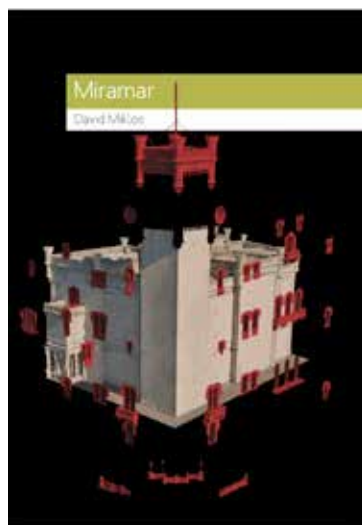
La historia comienza cuando “el visitante” —así se denomina siempre al personaje central— llega a la capital de Cuba haciendo uso de un permiso humanitario que le permite visitar a su madre, cuya muerte es inminente. Cada uno de los cuatro capítulos de la novela corresponde a uno de los días de duración de dicho permiso, y también a una fase del reencuentro con una ciudad y una parte de su biografía que creía olvidadas, luego de vivir durante varios años en distintos países de Europa y América Latina. El planteamiento no es original, como se ha señalado, ni tampoco la perspectiva con la que se aborda, que linda casi con lo folletinesco en más de un sentido: no sólo por el uso de estereotipos, lugares comunes, el abuso de adjetivos y elementos melodramáticos, sino también por el tono apodíctico del narrador, que termina por ser cansado al intentar adoctrinarnos en lo político, lo económico e incluso lo

literario. Este narrador no duda en introducir extensos segmentos dialógicos que le permiten al personaje central expresar sus opiniones, por más inverosímiles que parezcan dichas conversaciones en el contexto familiar y emotivo que se plantea en un principio.

Pero no es eso lo único que revela el parentesco con el folletín. También aparecen ciertos tópicos propios de este tipo de literatura; el más evidente, el descubrimiento del protagonista de su origen superior, que lo diferencia de los viles (en este caso, ignorantes) entre quienes se encuentra. Además, como en casi toda la literatura popular, los contenidos de conciencia de los personajes se hallan simplificados y representados como realidades físicas casi siempre con fines efectistas: en *El beso esquimal*, el visitante orina sobre los sellos que el gobierno ha puesto en la entrada de su antigua vivienda. Uno más, la condición de mártir virtuoso del protagonista que logra sobreponerse a toda adversidad sin contaminarse de cubanía, condición vil que representa como casi cercana a la bestialidad. Cuando le preguntan si tiene mujer, dice que ha tenido algunas relaciones, al preguntarle si con cubanas, maldice en buen cubano: ¡solavaya!

Esa contradicción interna es el signo de la novela, en general. La perspectiva desde la que se cuenta la historia deprecia tanto lo cubano, es tan incapaz de encontrarle algo bueno, que fuerza la verosimilitud, operando con el mismo maniqueísmo que la literatura de consumo. La necesidad del narrador de introducir comentarios doctrinarios interrumpe la fluidez del relato —que pareciera ser un mero pretexto— y, finalmente, termina resolviéndose en un final semi-fantástico o simbólico que no se justifica pues no hay suficientes elementos que lo precedan en el texto.

En suma, *El beso esquimal* privilegia la ideología sobre lo literario, sin que ninguno de los dos aspectos sea propositivo. Además, genera la impresión de haberse escrito hace algunas décadas, pues la realidad de Cuba ha cambiado, y también la del mundo, que ya no es ese lugar en el que “la gente hablaba mal del presidente en la calle, en televisión, en radio, y no les pasaba nada”. 



Miramar
David Miklos
México, Textofilia, 2014, 135 pp.



El beso esquimal
Manuel Pereira
México, Textofilia, 2015, 185 pp.